

GEORGINA DURAND

MIS  
ENTREVISTAS

ESCRITORES, ARTISTAS Y HOMBRES  
DE CIENCIA DE CHILE

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

CHILE

1943

Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento  
— Ahumada 125 —  
Santiago de Chile, 1943.

**ARTISTAS**  
**BELLAS ARTES**

## BENITO REBOLLEDO CORREA

En la fachada fría, severa, de un edificio antiguo de la Alameda de las Delicias, se abre una puerta en cuya mampara destaca en un papel a tinta china: BENITO REBOLLEDO CORREA. Entramos por un larguísimo corredor oscuro y glacial. Subimos a tientas muchas escaleras para volver a internarnos en otros tantos pasillos y escaleras. Oscuridad, más oscuridad. De repente una brusca y violenta claridad nos deja asombrados. Siguiendo la luz avanzamos hacia el interior de un atelier. Pero, ¿de dónde viene esa luz tan clara, transparente y luminosa? Pensamos en un gran ventanal; pero no, el día está demasiado gris, y esa claridad es fuerte y polícroma. ¡Ah! ya vemos; rodean las paredes del espacioso estudio una serie de telas donde se ven pedazos de campo del más puro chilenuismo, con ese sol fuerte y amarillo de las mañanas olor a pasto fresco. Unas marinas estupendas nos dan el azul maravilloso de nuestro mar, son seguramente pedazos de alguna playa solitaria y modesta, porque las bañistas que él ha captado tratan pudorosamente de esconder sus formas tras la camisita sutil que el agua ha pegado a sus cuerpos. En medio de tanta profusión de luz y color, percibimos de pie, en medio de la sala, a un hombre moreno, de anchas espaldas y de apariencia te-

rriblemente enérgica. Sonríe ante nuestra actitud deslumbrada, y con tono resuelto y varonil nos dice amablemente: Tome asiento, se lo ruego Georgina. Ha sido un poco larga su peregrinación para llegar hasta aquí. Pero prefiero este rincón porque me da, más que ningún otro, la sensación de absoluto aislamiento. Esta es la única forma de trabajar con tranquilidad.

Iniciamos una conversación muy agradable, como si hubiésemos reiniciado una charla cortada pocos minutos antes. La infancia del maestro fué muy triste: hijo de una familia modesta, su niñez se desarrolló en medio de una pobreza digna y altiva. Al recordar aquella época, su rostro varonil, modelado a cincel, se contrae en una mueca de desesperada angustia. Fueron años que grabaron en las retinas del futuro pintor escenas de miseria y desesperanza. Pero la naturaleza fué pródiga, y le dió en compensación, un vigor extraordinario. Piensa que sólo por ello pudo subsistir a tanta privación. Sus primeros estudios los hizo en una escuela pública de un barrio triste y miserable con marcado acento pueblerino. Fué allí donde Rebolledo empezó a descubrir su enorme talento de pintor y escultor. En los papeles y cuadernos de la escuela, trazaba con mano certera sus primeras emociones que le daba la naturaleza, y con barro y plasticina, modelaba figuras de hombres y animales. Es una lástima que no conserve sus primeras producciones, porque pensamos que en esos trazos balbuceantes seguramente, ya se demarcaban con nítida precisión las características fundamentales de su recia personalidad de pintor. Entusiasmado con sus primeros ensayos, un buen día le dijo al profesor de la escuela, que él quería estudiar pintura y escultura en la Escuela de Bellas Artes. El «magister» sonrió benévola-mente y le dijo: «Eso no es posible mi buen Benito. El arte es una profesión para gente muy decente, dedíquese a otra

cosa más acorde con su condición». Al contarnos esta anécdota, Rebolledo lanza una sonora carcajada. Y vea Ud., agrega, que eso me decidió a entregarme de lleno a la pintura, porque esa frase dicha sin malicia y sin medir su alcance, me hizo reaccionar en un propósito inquebrantable. Siempre he sido un espíritu fuerte. Necesito de la lucha para desarrollar todo mi exuberante potencial de acción.

Al preguntarle de su juventud algunos recuerdos agradables, con un tono de profundo convencimiento, nos responde que no; que prefiere su vida actual en la que es absolutamente feliz, porque tiene todo lo que un hombre, verdaderamente hombre, puede apetecer.

La conversación entra a tono mayor. Don Benito se pasea entre sus cuadros, retratos, paisajes, naturalezas muertas, visiones de mar y montañas, con paso firme y resuelto. Al compás de sus ideas se mueve y acciona con extraordinaria energía, contrae el rostro y sonrío a veces.

—¿Quiénes fueron sus profesores en la Escuela de Bellas Artes?

—Córdoba y Nicanor Plaza, maestros por los cuales guardo un profundo respeto y cariño.

—¿Por qué prefirió Ud. la pintura a la escultura?

—Tal vez por razones económicas, pero sigo creyendo que la escultura se amolda más a mi sensibilidad, y a ese *imponente* creador que llevamos en nuestro espíritu todos los artistas.

—¿Cuáles de sus compañeros de entonces, tienen hoy un nombre en la pintura chilena?

—Fossa Calderón. Alegría, Buchard, Gordon, Carachi, y otros que ya han muerto.

—¿Cuál cree Ud. que es el artista chileno que ha tenido mayor influencia en nuestra pintura?

—Esta es una pregunta muy difícil de contestar. Sin embargo creo que don Pedro Lira ha sido el hombre que más ha hecho por el arte pictórico.

—Se ha dicho mucho y se dice todavía, que si Ud. hubiese salido del país, y hubiese permanecido un tiempo en Europa, habría hecho una labor de mayor significación que la que ha realizado, ¿es verdad esto don Benito?

—Es una tontería, un disparate, porque el artista nace y no se fabrica en museos o academias. La escuela sólo sirve para iniciarse y dominar lo que yo llamaría la manuableidad de un arte. Ningún producto de esos laboratorios puede hacer obra grande y perdurable si no tiene verdadero talento. El artista se forma por sí mismo a través de un proceso de años, hasta que llega por el trabajo y la reflexión, a encontrarse a sí mismo, sin influencias convencionales, y cuando domina con maestría todos los medios de expresión de su arte. No creo que Europa con todos sus museos y academias hubiera podido influir en mí. La creación artística verdadera es absolutamente personal. Lo demás es burda imitación, y en tal sentido prefiero a los copistas. Recuerde Ud. que los grandes maestros de la pintura de todos los tiempos, se formaron solos. Ahí tiene Ud., los grandes pintores del Renacimiento Italiano, que empezaron como simples artesanos, y llevados por la potencia de su genio, sin proponérselo, sin pragmáticas académicas, sólo por un proceso de intuición y subconsciencia, nos dejaron obras inmortales. ¿Qué influencia o escuela tuvo ese indio ecuatoriano que se llamó Miguel de Santiago? Sin embargo su obra perdurará por los siglos de los siglos.

—¿Cree Ud. que tenemos verdaderos críticos de pintura, y que éstos puedan tener influencia sobre las obras de los artistas?

—¡Oh, creo muy poco en la crítica! A veces pienso que jamás ha existido. Cuando más el crítico puede expresar la emo-

ción que ésta o aquella obra le produjo, pero jamás podrá definirla. En este sentido Anatole France nos descubrió la verdad al transcribirnos en un lenguaje admirable la emoción que produjo en su espíritu la obra de Margaritone de Arezzo. Lo que siempre se confunde con la crítica, es el comentario. Y éste es muy beneficioso cuando sirve a los artistas como un réclame anticipada o como forma de presentación ante el público. Si los comentarios son malévolos pueden hacer mucho daño a los espíritus débiles, incluso hasta crearles una serie de complejos que hasta podrían malograr su obra. Por lo que a mí respecta, el comentario canallesco o intencionado me produce un efecto contrario... y me hace reír de buenas ganas.

—¿Qué opina sobre la labor que en este sentido han hecho críticos como Yáñez Silva y Goldschmidt?

—Sólo conozco a Yáñez de quien soy viejo amigo y pienso que ha demostrado en sus comentarios, sensibilidad, talento y conocimiento para valorizar la pintura.

—¿Cree Ud. que los pintores chilenos que han ido al extranjero, han traído orientaciones beneficiosas para la pintura nacional?

—No lo creo. Tal vez los viajes a Europa les haga bien en otro sentido: estímulo para el trabajo, conocimiento de los grandes valores de la pintura mundial, incremento en su cultura, y tal vez una mayor inquietud, pero no creo que eso pueda desarrollar más su talento ni mucho menos influir en su verdadera personalidad de artista.

—¿Cree Ud. que la enseñanza de nuestra Escuela de Bellas Artes está bien orientada, y responde al desembolso que origina y a lo que de ella se espera?

A esta pregunta nuestra, don Benito nos responde con una estrepitosa carcajada. Se para frente a nosotros y con tono burlesco nos dice:



—En esa Escuela no se enseña. Los profesores de ese plantel buscan afanosamente el camino de un arte que ellos han bautizado de «sugerente» y que lo definen como algo que «no sea lo que ha sido, pero que sea lo que será, porque siendo como ha sido, será lo que es». O que da lo mismo, un arte que fatalmente ha de terminar en un *ismo*.

—¿Entonces Ud. niega las escuelas?

—Es lógico. No hay escuelas. Sólo existen artistas que se expresan libremente, sin sujeción a estos *ismos* que son como expresión de impotencia.

—¿Cómo así?

—¡Oh!, este problema lo he estudiado más de quince años. Lo conozco a fondo y conozco también sus génesis.

—¿Entonces Ud. cree que hay influencias extrañas, ajenas al arte mismo que determinan estos movimientos?

—Oiga Ud. bien, porque el que medite sobre este problema tiene que llegar a esta misma conclusión: las mal llamadas escuelas modernas son una invención confusionista y desquiciadora del judaísmo internacional. Y esta influencia nos viene de los Estados Unidos donde los judíos son casi dueños de esa maravillosa tierra. Pero Georgina, ¿por qué se asusta de lo que afirmo? ¿Es que no conoce los protocolos de los sabios de Sión? Cuando Ud. lea este librito (el maestro nos muestra un folleto) comprenderá lo que le estoy diciendo. Ud. no puede ignorar que las conclusiones a que llegaron esos sabios judíos, fueron las de prostituir, desquiciar, y, por último destruir la sociedad que ellos llaman *Goy*, en todo orden de cosas. Por eso se han ido infiltrando en todas nuestras actividades con una consigna de odio y destrucción. Y para ello el judaísmo no para en medios, por vedados que sean. La cuestión es apoderarse del mundo. Los judíos son los que entronizaron en el mundo el odio de razas. Ellos jamás se han querido mezclar con

nosotros. En su delirio enfermizo persiguen a sus propios hermanos de raza cuando no están de acuerdo con ellos. Así, tenemos el caso del gran filósofo Spinoza, una de las pocas glorias con que cuenta el judaísmo. Recuerde también que fueron los propios judíos los que crucificaron a Jesús, por predicar un credo de amor.

—¿Y cuáles son sus armas de combate?

—Todos los medios que sean necesarios. En especial el alcoholismo, la especulación, la literatura pornográfica con disfraces científicos, los odios de partidos, la interpretación materialista de la historia, y sobre todo esa iniquidad que se llama lucha de clases pregonada por el judío Carlos Marx. Ellos son los creadores de los imperialismos que han pauperizado a todos los pueblos de la tierra, ellos son los que buscan en el vicio y en la corrupción, la destrucción de las sociedades cristianas. Escuche Ud. este capítulo.

Y don Benito empieza la lectura de uno de los capítulos de los protocolos de los Sabios de Sion: «Nosotros los judíos hemos enseñado pues, a los no judíos, a agotarse en el eterno afán por algo nuevo. Hemos embrutecido, seducido y corrompido a la juventud no judía, y hemos alcanzado este fin construyendo su educación sobre principios y doctrinas cuyo embuste era por nosotros muy conocido, y lo hemos hecho aplicar a pesar y justamente por estos embustes. Induciremos a los trabajadores a que pidan aumento de salarios, pero este aumento no les acarreará ningún beneficio, pues haremos subir al mismo tiempo, los precios de los artículos alimenticios y otros de primera necesidad, como pretexto indicaremos la mala situación de la agricultura y de la crianza del ganado, el exceso de lluvias o la sequía». Ahora el que niegue que este último capítulo de los protocolos, se está poniendo en acción ahora en Chile, como ya se puso en Europa, o es un ignorante hipócrita

que vive de los intereses creados por la masonería judía imperante, o un cobarde que teme a la cruz y al calvario.

La voz de don Benito, por momentos toma acentos de una furia incontenible. Gesticula como poseído de una ancestral indignación. Al despedirnos Rebolledo Correa alarga su mano fuerte y musculosa diciendo: por favor, Georgina, grítelo a todos los vientos que sólo Chile será grande cuando se vea libre de esa raza fatal.